

Homilía Eucaristía Semana de Pastoral 2014

“Cada día tiene su afán”. Jesús no nos convoca frívolamente a desentendernos del presente, ni muchísimo menos a desencarnarnos del mundo y sus anhelos o a evadirnos al estilo del “comamos y bebamos que mañana moriremos”.

Todo lo contrario. El presente se puede vivir con más pasión e intensidad en la medida en que nos desprendamos del temor al futuro. Y el futuro es Dios y no cabe temor en el amor.

Por eso, los seres humanos tenemos absolutamente futuro y la causa utópica del Reino de Dios también. Pero, no por nuestras pobres realizaciones, que no merecen celebración alguna, ni siquiera porque cumplan 50 años, ¿Qué representan 5 décadas, cuando incluso mil años son nada, un ayer que pasó, que solo llena de contenido la presencia de Dios. Solo Dios da sentido a cada día, a cada hora, a cada cabello del pelo. Él es el Señor del tiempo y de la historia. Quien nos susurra al oído aquí, ahora, a nosotros: “No temas...”, “No andéis preocupados...”, “No os inquietéis...”

La esperanza no es una conquista humana ni el resultado de una empresa prometeica. La esperanza cristiana no se confunde con el optimismo, que se basa en indicadores objetivos de resultados. Nuestra esperanza es virtud teologal porque brota de Dios. Por ello eso no bebe de la autorreferencialidad, de las preocupaciones que se centran en nosotros mismos y en nuestro futuro, ni siquiera de necesidades tan básicas como el alimento o el vestido. Solo la colma Dios.

Se cultiva exclusivamente con el deseo de cumplir su sueño: “Buscad el Reino de Dios y su Justicia”. Experimentarlo reclama abandonar el territorio familiar y seguro de nuestras supuestas certezas, como Abram, y tener la audacia de adentrarnos en las periferias en las que brota la contradicción y la duda. Quizá si nos atrevemos a imaginarnos a nosotros mismos como esperanzadamente nos sueña Dios, seremos capaces de avanzar hacia lo que estamos llamados a ser.

Como primer paso, además de soñar, contemplar. Pero, no a nosotros mismos. Se trata ahora de mirar a lo alto, siempre a lo alto, más allá. Entonces, sorpresivamente aparecerán fogonazos de luz en forma de incontables estrellas y se empezará a iluminar una noche siempre demasiado oscura, y entonces descubriremos con alborozo que también ahí, de noche, están las aves que surcan y adornan el cielo y hasta, bastante más a ras de suelo, preciosos lirios del campo...

La razón de nuestra esperanza, la que esponja el corazón de agradecimiento y nutre nuestros sueños, es un Dios que no sólo se hizo Palabra, sino que tiene palabra y palabra de honor. No nos convoca a una conquista prometeica del futuro, sino a una humilde colaboración, no nos enrola en una empresa exitosa sino a simplemente le echemos una mano para que se realice su sueño. Nuestro recurso principal no es nuestra fuerza ni nuestra ciencia; tan solo, que, en medio de tantos ruidos, hemos escuchado con nitidez: “Yo soy el Señor”, “Yo soy

tu escudo”, “No andéis preocupados” y sobre, todo, “Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis”.

José Luis Segovia Bernabé, 2014